

# HISTORIA

Hola, me llamo Tú.

Vivo en una pequeña ciudad de Vietnam. En mi familia somos solo mi madre, mi padre y yo.

Nunca me siento sola, porque estamos rodeados de muchas otras familias. El lugar donde vivimos se llama “el vertedero”, porque allí es donde los camiones descargan la basura de toda la ciudad. Mis amigos y yo lo llamamos “nuestro hogar”, porque es ahí donde vivimos y jugamos.

Algunos de mis amigos ayudan a sus padres a recoger y clasificar los residuos reciclables. A mí me gusta ayudar a mi madre, que tiene un pequeño puesto donde vende café, té, cigarrillos, caramelos y muchas otras cosas útiles para las familias de nuestra comunidad.

Cuando cumplí seis años, mi padre me inscribió en la escuela. Fue un gran cambio para mí, pero me encantó desde el primer día. La maestra es muy amable y hasta puso mi nombre en la lista de los alumnos que pueden recibir regalos gratuitos durante la fiesta del Têt (el Año Nuevo chino en Vietnam).

Al volver de la escuela, me siento frente a la casa a hacer mis deberes. Mis amigos vienen a mirar y les da ganas de estudiar también. Solo tres niños de nuestro grupo van a la escuela.

En realidad, ellos no pueden inscribirse porque no tienen tarjeta de identidad; sus padres pertenecen a una minoría étnica. Aun así, les gustaría aprender a leer y escribir como yo. ¿Qué podemos hacer?

Un día tomé unas hojas de un cuaderno viejo y dibujé algunas letras para que ellos las copiaran. Estaban tan felices que, desde entonces, vienen a reunirse conmigo cada tarde durante mis deberes. Enseñarles se convirtió en mi juego favorito. Los padres están tan ocupados con los camiones que pasan sin parar que no se dan cuenta de lo que hacemos. ¡Creen que solo jugamos!

Poco a poco, el costado de mi casa se transformó en una pequeña escuela. Coloqué una tabla de madera en la pared para usarla como pizarra. Un día, mis amigos encontraron una pizarra de verdad entre los desechos. Ahora vienen entre seis y diez niños cada noche. Todo esto me hace pensar en mi futuro: ¿seré algún día maestra?

Un niño de nuestra comunidad, que también iba a la escuela, dejó de asistir de repente. Algunos compañeros se burlaron de él por el olor que traía de nuestro vertedero. Todo terminó en una gran pelea en el patio y desde entonces ya no quiso volver.

Yo, sin embargo, seguí con mi pequeña escuela nocturna.



Cuando estaba en quinto de primaria, todo cambió: una asociación construyó casas verdaderas para cada familia y también una escuela. Ahora todos los niños podían inscribirse y obtener documentos de identidad. ¿Sería ese el final de mi escuelita?

Al final, mi padre empezó a trabajar como conserje en la nueva escuela y mi madre trasladó su puesto frente a la entrada, donde alumnos y profesores compran bebidas y aperitivos durante el recreo.

Yo instalé mi pequeña escuela frente a la oficina de mi padre y, cada tarde, sigo ayudando a mis amigos con sus tareas.

Muchos de ellos dejan la escuela a los 13 o 14 años. Para las familias numerosas es demasiado caro seguir estudiando. Algunos se van a trabajar a las grandes ciudades o a obras, y las chicas se casan.

Yo continúo mis estudios, aunque la situación de mis padres es difícil. Mi padre trabaja en la escuela, pero cada noche tiene otro empleo en el matadero. Su salario no alcanza para que yo siga estudiando y para pagar nuestras deudas.

Aun así, me encanta aprender. Ahora estoy estudiando para ser maestra. Quiero aprender a enseñar de manera profesional y que cada niño que sea mi alumno se convierta en una buena persona.

Así podremos ser amigos en todo el mundo. ¡Quizá algún día podamos viajar y conocernos todos!